

La revelación de su poder ocurrió de forma fortuita y fulminante el día de su décimo segundo cumpleaños.

Había visto la tarta helada en el frigorífico y sobre la mesa de la cocina, envueltas en un vistoso papel multicolor, las doce velitas en espiral que simbolizaban los años transcurridos desde su nacimiento.

No esperaba grandes cosas de su aniversario. Era una tarta chiquita de cerezas con fondant de nubes. Si su mamá le hubiera preguntado, Fernandito se habría inclinado sin dudar por una de chocolate blanco con nueces chocolateadas. Bueno, sí, quizá habría dudado: trufas heladas de chocolate, o chocolate con...

(Aquí hay que decir, de paso y entre paréntesis, que Fernandito era el niño más irresoluto del mundo. Las dudas lo desconcertaban y su incapacidad para decidirse entre dos opciones equilibradas era uno de los rasgos de su carácter.)

En cuanto al tamaño de la tarta, teniendo en cuenta que los únicos invitados a la «fiesta» nocturna eran su mamá y él y que su mamá se limitaría a probarla con la cucharilla de café, dejándosela toda para él, era más que suficiente.

Y no, no podía ser una fiesta. Era su primer cumpleaños después de la inesperada muerte de su papá. Cenarían algo un poco fuera de lo corriente; luego, la tarta de pos-

tre, y tras el beso de las buenas noches, se irían a dormir temprano.

Volvió a abrir el frigorífico deseando que la tarta tuviese en su interior una gruesa capa de chocolate, mientras su madre, Teresa Sanguinetti, hija de italiano y española, viuda de Fernando Pérez Arreola, terminaba de vestirse en su habitación.

—¡Fernandito! —gritó, mientras se subía una media negra por su larga y bella pierna derecha—. ¿Dónde estás?

El chico cerró la nevera y salió de la cocina.

—¡Aquí, mamá! —Entró en el comedor y se sentó en la mesa, delante de sus libros y cuadernos—. ¡Haciendo los deberes!

Su madre se reunió con él.

—Voy a salir un momento.

—Va a llover —advirtió Fernandito.

—Lo sé, cielín. Me llevo el paraguas —dijo, mostrándoselo.

—Mira, mamá, si vas a salir solo para comprarme el regalo, no lo hagas. No quiero que te mojes. Puedo vivir perfectamente sin regalos. Quizá muchos niños sueñan con regalos. Yo no soy así... Ya me lo comprarás mañana.

—Si me doy prisa, quizá regrese antes de que empiece la lluvia —dijo ella, sonriendo.

Vivían en un primer piso. Mientras su madre bajaba por las escaleras, se asomó a la ventana. Las oscuras nubes cargadas de agua ensombrecían a gran velocidad el cielo vespertino, poco antes luminoso y azul, como correspondía a una tarde de verano.

Teresa salió del portal, abrió el paraguas y lo levantó al tiempo que lo sacudía en el aire para ordenar los plie-

gues. Caían las primeras gotas de agua. Con una mano sujetando el paraguas y con la otra la falda para impedir que el viento jugara con ella, dobló la esquina y desapareció.

Fernandito permaneció un rato más en la ventana, sosteniendo con una mano la hoja abierta y contemplando con preocupación el avance imparable y amenazante de los negros nubarrones, que sin encontrar resistencia se disponían a culminar la conquista de la última porción de cielo azul.

Y entonces comenzó a llover de verdad.

Cerró mal la ventana, hecho aparentemente insignificante pero que minutos después iba a traer consecuencias nefastas.

Parecía de noche. Encendió la luz y se sentó heroicamente ante el libro de matemáticas, decidido a estudiar.

De pronto, se fue la luz.

Un relámpago sinuoso cruzó entre los nubarrones.

Más contrariado que asustado (el miedo, mejor dicho, el pánico aún tardaría en llegar), esperó sentado y sin moverse. A veces la luz volvía segundos después de haberse ido.

¿Quiénes y por qué decidían los cortes de electricidad? Muy a menudo duraban un suspiro. Y esto, aunque no causaba el menor trastorno a nadie, era sumamente sospechoso, olía a travesura y tomadura de pelo. Otras veces, las peores, el corte se prolongaba durante horas y seguramente la causa era una avería muy complicada. Así que había dos clases de cortes: las averías y las bromitas, porque cortar la luz por unos segundos solo podía ser una broma, inofensiva, pero una broma que los trabajadores de la central gastaban a los ciudadanos.

La oscuridad ya duraba varios minutos y trató de adivinar lo que podía estar ocurriendo. Se imaginó una central eléctrica, con sus torres, sus transformadores y toda esa maraña de cables que si los tocas te electrocutas, y a un electricista con un destornillador y unas tenazas arreglando la avería.

Cuando ya había solucionado el problema, y no tenía más que levantar un interruptor para que la ciudad volviera a iluminarse, llegaba corriendo y gritando un compañero vestido con un mono azul:

—¡Manolo, te llaman por teléfono! ¡Tu mujer acaba de dar a luz!

Y Manolo, lleno de alegría, echaba a correr hacia el teléfono, tirando al aire el destornillador y las tenazas, y se olvidaba de subir la palanca.

La ciudad seguiría a oscuras hasta que Manolo se diera cuenta de su despiste. Todo por culpa de un parto. Y aquí, según Fernandito, se producía una curiosa... ¿cómo se dice?... paradoja: un parto significa lo mismo que dar a luz, y por culpa del parto de la mujer de Manolo no se daba la luz, sino todo lo contrario.

Rugió un trueno, formidable como el estallido súbito de una bombona de ira.

Los relámpagos iluminaron el mundo. Fernandito, serpenteando entre las siluetas de los muebles, abandonó la estancia. Se adentró en el pasillo. A veces la oscuridad era tan impenetrable que se veía obligado a detenerse con los brazos extendidos, hasta que el vago fulgor de un nuevo relámpago le indicaba el camino hacia lo que su mamá y él llamaban el «trastero», un cuartucho adyacente

a la cocina donde, entre otras muchas cosas, guardaban las velas y la linterna.

«¡Lo sabía, sin pilas!», exclamó contrariado cuando tuvo la linterna en sus manos. El trastero era como un armario empotrado en la pared, muy angosto, con estantes a la izquierda y a la derecha, y que siempre había fascinado a Fernandito por la variedad y rareza de los objetos que se almacenaban ahí hasta que llegaba el día de utilizarlos. En el rincón del primer estante de la derecha había una caja de zapatos donde encontraría lo que necesitaba. Deslizó una de sus manitas bajo la tapa de cartón y comprobó al tacto que había cabos de velas de diferentes dimensiones, velas más largas sin estrenar, otra linterna más pequeña pero también sin pilas, y dos cajas de cerillas.

Encendió una vela y con la caja de zapatos bajo el brazo regresó al comedor.

Cuando volcó el contenido de la caja de zapatos sobre la mesa, le satisfizo el número y la variedad de velas: las había nuevas y usadas, delgadas y largas, gruesas y cortas, amarillas y rojas, cuadradas y cilíndricas...

Qué curioso que el procedimiento de plantar una vela sobre un platito, un cenicero, o sobre cualquier superficie plana no se aprenda en la escuela: se aprende de mamá. Y es un conocimiento infinitamente más útil que resolver quebrados compuestos. Consiste en inclinar la vela hasta que la llamita entre en contacto con la cera, derritiéndola en gruesos goterones que formarán la base capaz de sostener la misma vela.

—Mamá, te vas a llevar una buena sorpresa —dijo,

mientras plantaba la primera vela en el centro de un cenicero de cristal.

La idea era utilizar todas las velas y disponerlas estratégicamente por aquella estancia que les servía de sala y comedor a fin de que todos sus rincones quedaran iluminados.

Cuando terminó y examinó el efecto de las velas dispersas por doquier, se acordó de una película de terror en que aparecía una habitación iluminada de forma semejante y en la que un siniestro personaje vestido con una traje talar y con la cabeza oculta por una capucha invocaba al demonio.

Ideó algunos cambios con el propósito de conseguir efectos agradables a la vista y, ajustándose a un doble criterio, efectuó una nueva distribución de las velas, alternando las nuevas y largas con los cabos cortos, y las amarillas con las rojas para componer una bandera española.

Se trasladó a un ángulo de la estancia con los ojos cerrados, y tratando de hacer un ejercicio de objetividad, limpiando su mente de prejuicios, los abrió de golpe para ver qué impresión le causaba.

Pero tuvo que admitir que el efecto luminoso que había conseguido resultaba todavía más inquietante que el anterior; cuando estallaban los truenos y el resplandor de los relámpagos se combinaba con la luz mortecina de las velas, daban ganas de esconderse debajo de la cama.

Y, de pronto, la ventana se abrió de golpe y a través de los visillos enloquecidos no fue el diablo quien se coló dentro, sino una ráfaga de viento huracanado que causó estragos: el libro y los cuadernos de Fernandito fueron barridos de la mesa y lanzados contra la pared; las cortinas

se desplegaron y alzaron y si no hubiera sido por las argollas que las enganchaban a la barra, habrían volado como las figurillas, bibelots y adornos, y como los papeles y la revista que su mamá había dejado en el brazo del sillón, y como las velas, sí, como las malditas velas que, ahora lo comprendía, eran indispensables en las ceremonias satánicas.

Se precipitó hacia la ventana y consiguió cerrarla no sin luchar denodadamente contra la fuerza del viento.

En el comedor se restableció la calma. Pero el daño ya estaba hecho. Y era mucho peor de lo que imaginó al principio. A la luz de los relámpagos, el panorama era desolador. Sobre el suelo yacían fragmentos de las figuritas de porcelana que tanto quería su mamá. Varios cuadros de pequeñas dimensiones habían caído de las paredes. Los ovillos del costurero de Teresa rodaban en todas direcciones... Pero todo este caos era una tontería comparado con el hecho espeluznante de que no todas las velas habían sido apagadas por el viento. De las dieciséis que había plantado aquí y allá, al menos cuatro seguían peligrosamente encendidas.

Una había rodado debajo del sillón, la segunda se encontraba ahora debajo del aparador, también encendida y fuera de su alcance. Ordenó a su memoria recordar la ubicación de estas dos velas potencialmente peligrosas y que no eran visibles, ni siquiera si regresaba la luz. La tercera vela después de rodar un buen trecho había decidido detenerse debajo de las cortinas, que empezaban a recibir el calor de la llama amarilla. Y la cuarta había sido lanzada sobre un periódico que se encontraba entre los almohadones del sofá, y cuyo papel en contacto directo

con la mecha encendida empezaba a ennegrecerse antes de arder.

Muchas veces, acompañando a su mamá, se les había acercado uno de esos adultos pelmas que pellizcan a los niños en la mejilla y les preguntan como si eso les importara: «¿Y tú qué quieres ser de mayor, guapo?». A Fernando, irritado por este falso interés, le hubiera gustado responder: «Asesino profesional»; pero como siempre hay que ser correcto y bien educado, se limitaba a contestar la verdad: «Bombero».

Pues ahora iba a tener que ejercer de bombero.

Y, entonces, sufrió el primer ataque de irresolución. Ahora no se trataba de elegir entre chocolatinas y gominolas, como cuando no tenía dinero para los dos manjares. Ahora la alternativa no era una confrontación de caprichos, sino un asunto de vida o muerte. Si no conseguía extinguir el fuego, el piso entero acabaría siendo pasto de las llamas. Pero incluso había algo mucho más importante que el piso y que él ignoraba: lo que estaba en juego era nada más y nada menos que su propia vida y quizá la de todos los habitantes del edificio.

Y, encima, le asaltó otra doble duda: ¿desplazar el pesado sillón y pisar la vela antes de que entrara en contacto (si es que no lo había hecho ya) con las hilachas que colgaban bajo el asiento y que eran sumamente inflamables, o apagar primero la vela que había rodado bajo el aparador. Mover el aparador era algo muy superior a sus fuerzas, así que para apagar esta vela surgía, a su vez, una nueva y difícil alternativa. El espacio entre la base del aparador y el suelo era tan estrecho que no cabían ni siquiera sus pequeñas manos, así que primero tendría que arro-

dillarse, pegar su mejilla al suelo y soplar con toda la fuerza de sus pulmones para apagar la mecha, o bien introducir algo que cupiese entre el intersticio del piso y del aparador para sacar la vela y después apagarla. Esta opción abría, por si fuera poco, una nueva alternativa: ¿qué podía introducir en el hueco, la regla graduada de dibujo, que era rígida, aunque quizá no lo suficientemente larga, o el palo de un cepillo, que era mucho más largo, pero que a lo mejor no cabía por el hueco?

Y mientras la lluvia golpeaba furiosamente el cristal de la ventana, el pequeño bombero se acordó de la existencia del agua, que fue la espada para cortar el nudo gordiano de las alternativas que generaban más alternativas.

Cuando atravesando la oscuridad alcanzó a entrar corriendo en la cocina, cogió un gran recipiente de plástico que su mamá solía utilizar como cesta de la colada y lo trasladó bajo el grifo; y mientras caía sobre él un poderoso chorro de agua, el oportuno fulgor de un nuevo relámpago le hizo reparar en el rojo cilindro del extintor, colgado en la pared del trastero, cuya puerta había dejado abierta al coger las velas. Su papá le había enseñado a usar este matafuegos.

Y, entonces, víctima otra vez de su peculiar irresolución, cayó en una duda mortal. ¿Qué era mejor llevar al comedor, el recipiente lleno de agua o el extintor?

Los aficionados a la filosofía medieval, que en España conforman el 97% de la población y que por consiguiente son mucho más numerosos que los aficionados al fútbol, recordarán el extraño caso del asno de Buridán.

Un día fatídico, según el escolástico que urdió este sofisma, el hambre y la sed atormentaron en la misma pro-

porción al asno de Buridán, que se halló situado justo en el medio de un cubo de agua y de un haz de heno. O bebía primero y luego comía, o comía primero y luego bebía.

Y he aquí que ahora Fernandito se encontraba ante la misma angustia paralizante, con todo su cuerpecito en tensión y sus ojos extraviados, uno mirando hacia el extintor y el otro hacia el recipiente de plástico, que desbordaba agua por sus cuatro costados bajo el grifo abierto al máximo.

Si su papá le hubiera estado observando desde algún lugar del más allá, se habría temido lo peor. Fernandito era incapaz de decidirse entre dos opciones tan equilibradas.

Y si el asno de Buridán acabó muriendo de hambre y de sed, cuando disponía de agua y de comida, ¿qué ocurriría con el fuego del comedor, cuando Fernandito también disponía de medios para sofocarlo?

Mucho tiempo después, cuando recordaba esta situación, la más angustiada hasta entonces de su corta vida, se topaba con una laguna de la memoria que le impedía recordar qué ocurrió verdaderamente, porque si hubiera perdido el conocimiento, y estaba seguro de que llegó a perderlo, no habría podido extinguir el incendio.

Lo siguiente que recordaba era que se encontraba de nuevo en el comedor, volcando el agua del recipiente de plástico sobre las llamas nacientes que brotaban del sofá, y que en sus oídos sonaba el característico zumbido de un extintor.

Un extintor... ¿manejado por quién?

Se dio la vuelta y descubrió a otro niño.

Ejecutando los mismos pasos que habría seguido él, como si su papá también hubiera sido el maestro del niño

desconocido, aplicó la espuma extintora sobre las cortinas, cuyas devoradoras llamas en ascenso cesaron por encanto. Y tampoco se olvidó de introducir la boquilla del extintor bajo el sillón y, posteriormente, bajo el aparador. ¿Cómo sabía que allí habían rodado sendas velas encendidas y, aunque invisibles, latentemente peligrosas?

¿De dónde demonios había salido ese niño? ¿Quién era? ¿Qué buscaba? ¿Cómo había entrado?

¿Era, quizá, un espíritu del aire que se había colado con el viento huracanado atraído por las velas?

Sin embargo, gracias a la acción conjunta y perfectamente sincronizada de los dos bomberos infantiles contra los diferentes focos de fuego, el peligro de incendio había desaparecido. Eran dos telépatas que se habían puesto de acuerdo sin articular una palabra.

Un relámpago iluminó la estancia y pese a su efímero resplandor dispuso del tiempo suficiente para saber que el intruso tenía la misma estatura que él, se movía y actuaba como él, se vestía como él, se peinaba como él, gesticulaba y caminaba como él...

¡Era él!

¡Era él y nadie más que él!

El Fernandito que sostenía el extintor y que había apagado el fuego de las cortinas experimentaba el mismo estupor que el Fernandito que sostenía la cesta de la colada y que había apagado las llamas del sofá.

Se acercaron el uno al otro cautelosamente, hasta estar tan cerca que podían tocarse. El primer Fernandito, pasmado, dejó caer el recipiente de plástico. El segundo Fernandito, igualmente pasmado, dejó caer el extintor. Ambos estiraron sus manos buscando el contacto, como

si quisieran palparse y estudiarse mutuamente. Y entonces se produjo lo que él, al día siguiente, cuando recordó y analizó todo lo ocurrido, llamaría muy apropiadamente la «fusión atómica» y, sin más, ambos Fernanditos volvieron a ser uno solo, el Fernandito de siempre.

Acababa de descubrir que poseía el don de la bilocación.

Y entonces le sobrevino una extenuación física y mental como nunca había conocido antes. Sonámbulo, se dirigió a su habitación y ni una sola vez tropezó en la oscuridad. Una pasividad heroica se había apoderado de su personita, de modo que todos los peligros y terrores de este mundo dejaron de importarle.

Se sentó en el borde de su camita, sonrió débilmente al evocar por un segundo el hermoso y dulce rostro de su mamá, cayó hacia atrás, y aun antes de que su espalda reposara sobre el blando colchón, se quedó dormido.

Afuera, llovía a mares.